



**Monjas padecen asedio**  
Copan la Tarahumara *narco*,  
mercenarios y paramilitares

J. A. BELMONT E L ALVARADO - PAG.10

Activistas de la región denuncian que los delincuentes controlan el trasiego de drogas, personas, madera y minerales, además del cobro de piso a negocios

## Crimen organizado

# Mercenarios, paramilitares y *narcos* dominan la tarahumara

### Reportaje

IGNACIO ALVARADO  
CHIHUAHUA

La serie de asesinatos ocurridos la semana pasada en el pueblo de Cerocahui, en Chihuahua, y que incluyó a dos sacerdotes jesuitas, es apenas un episodio dentro de una larga historia de crimen e impunidad que se vive en la sierra Tarahumara.

El cultivo y trasiego de drogas y narcóticos han estado ligados al tráfico de personas y minerales, así como a la tala y

venta ilegal de madera, en un concierto de intereses del que han sido parte las autoridades locales.

Activistas de la región explican que el infierno que vive la comunidad tarahumara ha sido propiciado en la última década por mercenarios, grupos paramilitares y células del crimen organizado compuestas por civiles de Chihuahua, Sonora y Sinaloa.

El activista por los derechos humanos Gabino Gómez propone una revisión a partir de la década de los años 70, cuando se implementó en la región la Operación Cóndor, el instrumento estadounidense que sirvió para

que Washington controlar los destinos de la política y del crimen latinoamericanos.

“La violencia se ha mantenido a pesar de la presencia militar. La convivencia que mantienen los grupos criminales con las fuerzas armadas puede verse desde hace medio siglo”, dice Gómez minutos después de haber arribado a la sala funeraria donde se velan los restos de Pedro Palma, el guía de turistas acribillado la semana pasada junto con los sacerdotes jesuitas Javier Campos y Joaquín César Mora.

“Cuando se dio la militarización del país, diversos organismos y personas conocedoras del tema nos pronunciamos en contra”, asegura.



Alex LeBaron, cuya familia ha padecido los embates de criminales de la región, asegura que “hay un enorme resentimiento hacia las autoridades de todos los niveles. Hablamos de grupos criminales que nacieron y viven junto a sus familias en la zona y que se sienten no solo dueños de pueblos enteros, sino de las actividades legales e ilegales que ocurren dentro de ellos. Se ha convertido en una sociedad interna, la cual ha sido tocada muy poco por los programas sociales y que ahora que hemos visto una política de total impunidad, de brazos caídos, donde no hay persecución, se fortalecen estos sistemas criminales.

“Estos grupos criminales se han apoderado también del cobro de piso, del tránsito turístico, de hoteles, de restaurantes de toda esta región. A ello hay que sumarle toda la producción de materias primas que salen de la sierra de Chihuahua, minerales, lo que viene a agravar aún más la situación, puesto que les permite a estos grupos obtener recursos que hace 10 años no tenían”.

En agosto de 2008, un primer suceso violento puso a la zona en el foco público. Aquella ocasión un grupo armado llegó al salón comunal del poblado de Creel en busca de dos sujetos y terminó asesinando a 13 personas, entre ellas un menor de meses. Las masacres y desapariciones masivas han sido constantes a partir

de entonces. Episodios como el de Creel, en la misma línea turística de Cerocahui, enmarcaron la vida de José Noriel Portillo, *El Chueco*, señalado por las autoridades como responsable del asesinato de los jesuitas, el guía de turistas y dos hermanos beisbolistas a quienes victimó antes.

En la figura de Portillo se tiene una muestra elocuente del hilo con el que se teje el crimen y la impunidad del último medio siglo. En 2014, cuando el presunto asesino tenía 21 años, el grupo de activistas encabezado por Gabino Gómez solicitó formalmente su captura, primera de varias que vendrían después.

Las razones de fondo para que en el pasado no se haya emprendido ninguna operación formal para capturarlo, difícilmente van a conocerse. Pese a ello, Portillo no deja de ser un simple matón, despiadado si se quiere, pero lejos de ostentar el poder omnipresente que se le confiere.

En el verano de 2018 un intercambio de mensajes por redes sociales entre desertores de las fuerzas armadas circuló con una invitación concreta: emplearse para combates clandestinos a lo largo de la línea limítrofe entre Chihuahua y Sonora. “Me dicen que hay bastante jale en la zona, pero no quiero. Les he dicho que no y ellos insisten e insisten”, dijo un ex soldado que operó entre 2007 y 2010 en una base militar de la región noroeste del estado, en donde decidió desertar ante a ola de ejecuciones extrajudiciales que presencié.

La operación de paramilitares y mercenarios es algo que tiene claro Alex LeBaron. Él no duda



que detrás del asesinato de parte de su familia se encuentra un grupo como esos, lo que le ha llevado a plantearse la probabilidad sobre el cúmulo de intereses que se tejen sobre amplias zonas del territorio que comparten ambas entidades. El alto flujo de capitales es algo que traspasa las fronteras del narcotráfico e incluye la explotación de materias primas, asegura Alex. —

*El Chueco, asesino de los sacerdotes, no deja de ser solo un matón, lejano a la omnipotencia que se le atribuye*

## Asedian a monjas jesuitas ante labor que impide a bandas reclutar a niños

JOSÉ ANTONIO BELMONT  
CEROCAHUI

Meses antes de que los sacerdotes jesuitas fueran asesinados, religiosas de esta misma orden católica ya habían sido amenazadas, denunció el padre Luis Gerardo Moro, Provincial de México, máxima autoridad de la Compañía de Jesús en el país.

Los religiosos de esta orden católica viven asediados por grupos delincuenciales que controlan la montaña en Chihuahua.

Una de las principales causas de estas amenazas del *narco* que opera en la sierra Tarahumara se da porque las religiosas tratan de impedir que los niños sean reclutados por el crimen organizado.

En estas comunidades apartadas coexisten dos proyectos: el educativo que desde hace años lleva la Compañía de Jesús y el del narcotráfico, que necesita manos para la cosecha de la chutama, como los rarámuris llaman a la marihuana.

El asedio del crimen organizado contra esta orden católica ha

sido tal que incluso han tenido que cerrar escuelas en la sierra.

El padre Pato, como es conocido el religioso Javier Ávila, que radica desde 1975 en la montaña de Chihuahua, sostuvo que la ejecución del padre Gallo y Morita no fue "un hecho aislado".

Pese al clima de violencia, la Compañía de Jesús descartó irse de la región. "Vamos a seguir aquí, apostando por la gente, para nosotros es importante que se sepa (...) tampoco somos suicidas, pero no nos da miedo estar aquí a pesar de las amenazas", abundó el religioso. —

### CLAVES

#### Amenazas

"Uno les dice (a los niños) que no se dediquen a eso y la amenaza es que nos van a violar, que nos van a matar y si tememos por nuestra vida", dijo a MILENIO una hermana jesuita.

#### Dominio

Los colegios jesuíticos están en lo más profundo de la sierra, donde la presencia de la autoridad es nula.